

daño causado por la ligereza y altanería de Mazarredo; pero sospechamos que la España no se prestará llanamente á la exigencia mencionada, en cuyo caso se complicarán probablemente las cosas de manera, que llegará á ser inevitable una guerra de funestos resultados.

Tampoco será extraño que tome parte la Francia en esta complicacion, á consecuencia del insulto sufrido por su cónsul en Panamá. En efecto, habiéndose refugiado en el consulado Mazarredo, á quien perseguia una turba de furiosos, arrancaron estos de la casa el escudo de armas y cometieron otros excesos.

La parte por la que los sucesos del Perú se relaciona mas inmediatamente con nosotros, es la de la tendencia manifestada por las potencias europeas de intervenir en los asuntos de este continente; y aunque es ya punto bien averiguado que al principio se aparenta que no se tratará de otra cosa que de la reclamacion de agravios verdaderos ó supuestos, y de la seguridad de que no serán renovados, la experiencia comprueba que á poco se suele alterar este plan primitivo, hasta llegar á un resultado que no cabia, al comenzar, en las prevenciones racionales de nadie. De tan triste verdad es ejemplo y víctima México, donde por escalones se ha ido pasando, desde la simple pretension del fiel cumplimiento de sus obligaciones internacionales, hasta una intervencion armada en sus asuntos domésticos, y hasta la conversion de la república en una monarquía sufragánea.

Los actos todos relativos á la inauguracion de esa monarquía, están probando de una manera inequívoca, cuán graves son las dificultades con que tiene que estar luchando ese nuevo orden de cosas, antipático á la nacion, y cuán estéril va probándose que es el remedio heróico, anunciado por audaces empíricos como la panacea de nuestros males.

A los muy pocos dias de llegado á México Maximiliano, tuvo lugar la recepcion oficial del marques de Montholon, ministro plenipotenciario del emperador de los franceses. Nada notable se encuentra en los discursos pronunciados en esa ceremonia, los cuales, reducidos á vaguedades insulsas, sirvieron solo para manifestar la dependencia del imperio mexicano al frances, desde el instante de su nacimiento; dependencia que necesariamente ha de continuar por todo el tiempo de su efímera existencia, como que sin la proteccion del cuerpo expedicionario del padrino, pronto tendria el ahijado que volver á disfrutar, á buen componer, de su pacífico retiro de Miramar, del que mas le valiera no haber salido nunca.

Como el imperio mexicano no está reconocido todavía por mas potencia que la Francia, la recepcion mencionada ha sido la única de su especie, si bien es seguro que no tardará mucho en haber otras iguales, porque para nadie es un misterio que varios gobiernos europeos esperaban simplemente la instalacion del archiduque en México, para reconocerle como emperador de este país. Nada importa en verdad semejante reconocimiento, que ni puede dar á aquel en cuyo favor se hace títulos para reinar, que le niega la voluntad nacional, de la que únicamente pueden proceder; ni sirve tampoco de apoyo eficaz al improvisado trono del austriaco, porque no es una fórmula vana, sino el auxilio material de la fuerza física, de la manera que lo hace la Francia, lo que ha de sostener al supuesto emperador contra la incesante hostilidad de los ciudadanos y habitantes de la república mexicana, mal avenidos con el repugnante nombre de súbditos.

Para precipitar el reconocimiento de las potencias que por seguro se tiene que lo darán, han sido nombrados desde luego mexicanos intervencionistas, para ir á notificar á diversas



cortes el advenimiento de su señor. A mas de los nombramientos hechos desde Miramar, ha habido en México los de D. Gregorio Barandiarán para Turin y la Confederacion Helvética, y de D. Francisco S. Mora para Rusia, Dinamarca, Suecia y Noruega.

Llama desde luego la atencion, que para nada se haya acordado Maximiliano de la América, lo cual consiste indudablemente en la seguridad que tiene de la oposicion que en toda ella, con excepcion acaso del Brasil, ha de encontrar su usurpacion del trono mexicano. Bajo malos auspicios se inaugura así en este continente una monarquía impuesta por una nacion europea, y con dificultad pudiera encontrarse prueba mas inequívoca del convencimiento que tienen los mismos que han venido aquí á falsear y suplantar la voluntad nacional, de que sus inicuos planes son generalmente detestados en el mundo de Colon.

Con el olvido completo de las naciones americanas, forma contraste el empeño manifestado de entrar en relaciones diplomáticas hasta con las mas remotas naciones europeas. Cuando hemos visto que se mandan ministros especiales con el solo objeto de notificar el advenimiento de Maximiliano en San Petersburgo, en Stokolmo y en Copenhague, derrochándose en misiones tan inútiles los escasos fondos de un empobrecido erario, tentados nos vemos á creer que va á mandar Maximiliano embajadas, hasta al Congo y al Japon.

La cuestion religiosa, causa primordial de la intervencion, que jamas se hubiera realizado entre nosotros á no contar con el apoyo traidor del fanatismo, no ha avanzado todavía un solo paso con el establecimiento del trono. Buen cuidado tuvieron los obispos de hacer su profesion de fé política, en una pastoral encaminada aparentemente al bien espiritual de sus ovejas. En ese documento se consignó el principio, po-

co honroso en verdad para los que tienen obligacion de desprenderse de todo interes mundano, de que la desamortizacion de los bienes que estuvo administrando el clero, por mas que sea un hecho consumado é irreparable, no entra en el plan de los prelados de la Iglesia mexicana, nada conformes con semejante determinacion. El devoto Maximiliano no se ha dado por entendido aún de tal indirecta, prolongando así la ansiedad de los interesados en el restablecimiento del antiguo orden de cosas, á la vez que el mortal desasosiego de cierta clase de adjudicatarios, que despues de haber especulado con las leyes de reforma han sacrificado todo pudor, toda dignidad y todo patriotismo á la conservacion de los intereses con que se improvisaron ricos. Mucho se hablaba de un proyecto de concordato, discutido entre el austriaco y el arzobispo Labastida, para someterlo luego á la aprobacion del papa; pero nada de positivo se sabe acerca de lo que se piense hacer en esta materia, piedra de escándalo en que ha de tropezar por necesidad el archiduque, cualquiera que sea el camino que adopte en definitiva.

En la incertidumbre á que da lugar la falta de un programa explícito en este y otros asuntos de importancia, ha llamado la atencion un incidente notable. Por sugerencias del arzobispo de México, consintió el llamado emperador en la devolucion del Colegio Seminario. No conforme con esta medida el actual dueño del edificio, que es un súbdito español, ocurrió primero á Bazaine y luego á Montholon, para que salieran á la defensa de sus derechos, conculcados con abierta infraccion del manifiesto de Forey, carta política del imperio mexicano. El negocio ha tomado un aspecto alarmante, sin que esté decidido todavía. Maximiliano fluctúa entre su inclinacion á complacer al clero, y su temor de malquistarse con su bueno y grande amigo el emperador Napoleon.



Parece que lo del Seminario era el principio de una serie de disposiciones, dirigidas á ir nulificando paulatinamente los principales actos de la desamortizacion eclesiástica. Hablábase ya de la devolucion del Colegio de Niñas, propiedad tambien de un súbdito español. Cuéntase ademas que el famoso Lares iba á presentar una exposicion, pidiendo la validez de las ventas hechas por el clero, durante las administraciones de Zuloaga y Miramon. Con ocasion, pues, de los bienes desamortizados, los ánimos se agitan, los intereses se alarman, las intrigas son cada dia mayores, y la indecision continúa por parte del que debe arreglar este asunto, en quien se nota la fatal vacilacion de los que entran á gobernar sin principios fijos, para obrar bajo el influjo de las circunstancias del momento.

Todo lo relativo á la política está igualmente atrasado. Nada indica hasta ahora el plan que ha de seguirse, los principios liberales ó reaccionarios que han de predominar. El estudio que Maximiliano está haciendo del país en que ha creído que viene á reinar, denota que está completamente ciego respecto de las materias mas importantes. Para irse ilustrando poco á poco, ha recurrido al singular arbitrio de ir convidando diariamente á su mesa á los personajes que se le designan como los mas notables de cada partido, y algunos del liberal le han corrido el desaire de no admitir la invitacion, ni contestarle siquiera. El tiempo pasa entretanto, sin que se avance una sola línea, permaneciendo todo en el estado en que se encontraba el dia en que el desorientado tudesco desembarcó en Veracruz.

Testimonio irrefragable de la lentitud con que camina, es el no haber formado todavía su ministerio. Un solo nombramiento ha hecho: el de D. Fernando Ramirez para la cartera de relaciones exteriores. Habiéndose estado repitiendo

que era su ánimo preferir los liberales á los conservadores, y que su plan se estrellaba en la resistencia de los primeros á reconocer el imperio, los periódicos intervencionistas anunciaron en tono triunfal la aceptacion de Ramirez, como una prueba de que no faltaban liberales decididos ya por la monarquía del austriaco. Aquí se necesita poner las cosas bajo su verdadero punto de vista. Ni la aceptacion de uno, ni la de varios tránsfugas del partido liberal, seria buen argumento para demostrar la aquiescencia de este con un sistema que intrínsecamente le repugna, y que detesta mas aún por su procedencia extranjera. Pero el ministro de relaciones exteriores de Maximiliano, si alguna vez perteneció al partido liberal, años lleva de haber desertado de sus filas. Como anticuario, como abogado, como literato, D. Fernando Ramirez es una de las primeras notabilidades del país, y su torpe conducta no nos hará desconocer ni negar su mérito. Como partidario, como patriota, su versatilidad, sus defecciones, sus intrigas, su reciente traicion, lo hacen digno de figurar, bajo todos aspectos, en la galería de los "políticos en camisa," de Villergas y Ribot.

Para que por tanto tiempo permanezca el ministerio trunco, debe existir alguna poderosa razon. O vacila aún el austriaco respecto de los hombres, lo mismo que respecto de las cosas, sin resolver á qué comunión política acudir para que le proporcione consejeros; ó efectivamente otorga una preferencia decidida á los liberales, y se estrella ante la resistencia hasta de los mas moderados del partido conocido con este nombre. No es posible la otra hipótesis de que la decision sea á favor de los intervencionistas natos, ó sea de los conservadores que lo eligieron y lo han traído, porque á buen seguro que ninguno de ellos se negaria á entrar al gabinete imperial, á la menor invitacion que se le hiciera. Quedan,



pues, solamente las dos primeras suposiciones, y en cualquiera de ellas se viene en conocimiento de la falta de solidez del imperio franco-austriaco.

De los actos de Maximiliano, refrendados por los subsecretarios del despacho, ninguno hay que tenga la menor importancia política. El único de algun interes es el que dió desde Miramar, encomendando á Carlota la regencia del imperio, para el caso de que algun accidente imprevisto privara á México del abijado de Napoleon. Todo lo demas es notable únicamente por su insustancialidad. Decretos sobre la publicacion en hojas sueltas de las leyes imperiales, para que puedan formar coleccion; sobre el escudo de armas y bandera nacional, en lo que entendemos que no se ha hecho mas reforma que la de coronar nuestra republicana águila; sobre nombramiento de comisiones, que presenten informes acerca de los ramos de la administracion pública, y otros puntos mas frívolos todavía, son demostraciones bien elocuentes de la limitada capacidad del candidato de los traidares, así como de su falta de fijeza de ideas, sin que sea posible prever cuándo llegará á consolidarlas.

De esa misma vacilacion dan muestra las destituciones y nuevos nombramientos de algunos de sus funcionarios públicos. Arroyo, el subsecretario de relaciones de la regencia, que desde el establecimiento de esta estaba desempeñando ese empleo, en el que ha figurado ya varias veces no obstante su poca capacidad, fué destituido bruscamente, desde antes de la entrada á México del austriaco, sin que se sepa á punto fijo el motivo de tal desaire, que despues se quiso paliar con el nombramiento de ministro encargado de notificar en Constantinopla el advenimiento de Maximiliano. Tambien fué separado Villar y Bocanegra del puesto de prefecto político del Distrito, en el que se habia hecho notable por sus

repetidas bajezas, á pesar de las cuales, y de sus incesantes adulaciones á su amo, no consiguió que lo dejara en la prefectura. D. Francisco Carbajal, comisario de policía, es otro de los que desde luego han sido despedidos, aunque se habia hecho igualmente notable por varios actos de adulacion. Habíase hablado ademas de la salida de otro de los subsecretarios de Estado, es decir, de Raygosa, encargado del ramo de justicia; pero todavía en fechas recientes ha aparecido refrendando decretos, por lo que es de suponerse que no ha llegado á consumarse su destitucion, si efectivamente estuvo acordada. La explicacion mas comun que se ha dado de estos cambios, es la de que estaba ya minado el partido de Almonte, al que pertenecen los destituidos, indicándose á la vez el próximo triunfo de los partidarios del arzobispo. La poca importancia política de los destituidos y su color indefinible, no dejan deducir con toda seguridad la verdadera causa de su separacion, como tampoco lo permite el nombramiento de sus sucesores. En lugar de Arroyo ha entrado interinamente el subsecretario de hacienda D. Martin Castillo, cuyos talentos diplomáticos nadie sospechaba. Villar ha sido reemplazado por D. Miguel Azcárate, cuyo nombre carece de toda significacion. Para sustituir á Carbajal parece que se ha nombrado á Lagarde, el famoso gefe de policía de Miramon y Zuloaga. En resumen, nada en limpio se saca de estos cambios, resultado probablemente de alguna mezquina intriga palaciega.

Para el arreglo del ramo militar se ha formado una comision de gefes franceses y mexicanos, presidida por Bazaine. Encargada de todo lo concerniente á la organizacion del ejército, sus trabajos va á tener para conservar generales de division como D. Tomás Mejía, que ni siquiera sabe leer, segun lo comprobó el día en que tuvo la desdicha de felicitar



al austriaco, á nombre de sus compañeros de la órden de Guadalupe; y generales de brigada como Casanova y Perez Gomez, cuya supina ignorancia ha sido objeto de merecidas burlas, por no haber sabido responder á algunas preguntas que les hizo Maximiliano en una de las comidas á que asistieron, aunque se trataba de puntos que están al alcance de cualquier niño de la escuela.

El nombramiento de la comision mencionada ha sido el único acto dictado en materias de guerra por el nuevo emperador, quien permite, con una resignacion estóica, que en el territorio en que se llama soberano, sigan los consejos de guerra franceses pronunciando sentencias de muerte en nombre de Napoleon. El desprestigio de la soberanía nacional, la completa sumision del archiduque á su protector, la evidencia de que el imperio mexicano no es mas que una colonia francesa, son verdades que quedarian demostradas, á falta de otras muchas pruebas, con solo el rasgo de que hemos hablado.

En hacienda ha sucedido lo mismo que en guerra. En vez de dictarse medidas mas ó ménos acertadas que sirvieran para demostrar que no se ha venido á gobernar á ciegas, aun respecto del ramo de la administracion pública de mas vital importancia, toda la sabiduría de Maximiliano se ha limitado al nombramiento de otra comision, encargada de consultar lo que crea conveniente sobre los mil y un puntos que abraza la cuestion hacendaria. El austriaco no solamente es aficionado á las comisiones, sino á que sean numerosas, para convertirlas en una especie de academia ó congreso, en que se discutan con toda madurez los proyectos que se presenten. Su comision de hacienda se va á componer de los vocales que nombre directamente, y ademas de uno por cada una de las provincias del imperio. Los trabajos van á comenzar

el dia 1º del entrante mes: para expedirlos, se dividirá y subdividirá en secciones el numeroso personal de los sabios financieros imperialistas; y es de esperarse que, allá para el año de gracia de 1866, estén ya terminados los estudios preparatorios que han de someterse al emperador ó á su gabinete.

Todo lo que hasta ahora se anuncia como base para los trabajos que se van á emprender, es que se ha impuesto á la comision el deber de sacar 40.000,000 de pesos anuales, con lo que se corrobora lo que ya hemos dicho en diversas ocasiones, sobre el importe del presupuesto imperial. Fácil tarea será completar en el papel esa suma, ó cualquiera otra mas elevada, calculando arbitrariamente los rendimientos de las fuentes de la riqueza pública. En la práctica sucederá cabalmente lo contrario, reduciéndose á nulidad, ó bajando por lo ménos considerablemente, los productos de un cómputo imaginario. El íntimo enlace del arreglo de la hacienda con la pacificacion del país, es una verdad demasiado patente para necesitar demostracion. Así pues, no ya para obtener los 40.000,000 pedidos, cantidad de imposible realizacion, aun en tiempos normales y bajo las condiciones mas favorables, sino simplemente para llegar al máximo á que han ascendido las rentas públicas en sus períodos mas florecientes, serian requisitos preliminares é indispensables, los del reconocimiento y consolidacion del imperio. Siendo imposibles estas bases, por la resistencia que ha de seguir oponiendo el partido independiente y republicano á la consumacion del atentado de que se le quiere hacer víctima, el resultado indefectible ha de ser la esterilidad de los trabajos de la comision de hacienda, cuya obra, por ingeniosa y sábia que se suponga, quedará solo para instruccion y recreo de los aficionados al estudio de esas materias.



Se ha contado con generalidad, aunque no se puede garantizar la exactitud de la noticia, que el tesoro frances ha proporcionado en estos dias á Maximiliano, no sabemos con qué título ó con qué pretexto, 1.000,000 de pesos, destinados á encubrir la pobreza del nuevo emperador, para quien habria sido sobremanera desairado presentarse desvalido y lleno de cuitas, desde el momento de la instalacion de su gobierno. La distribucion que se hace del millon de pesos es de pocos renglones, reduciéndose á la aplicacion de 100,000 por cuenta de los gastos de viaje de Miramar á México, de otros 100,000 ó 150,000 como abono del sueldo señalado al emperador de México por la munificencia del de Francia, y del resto de la cantidad para atenciones del ejército frances, el cual seguirá así sostenido por su propia nacion, á pesar del convenio en que se estipuló que lo seria, desde el 1º de Julio, por la mexicana.

Verdad es que la liberalidad con que se atiende por ahora á las necesidades de la situacion es sencillamente considerada como una anticipacion ó préstamo, del que se espera reembolsarse con creces al cabo de cierto tiempo. Fallido ó no este cálculo, sí es de toda evidencia que la pobre nacion mexicana, condenada por su debilidad á ser víctima de las intrigas de naciones mas poderosas, tendrá en cualquier evento que sufrir un grave desfallo, á consecuencia de la intervencion que le está ocasionando males de tan diverso género. En cuanto á Maximiliano, aunque es para nosotros indudable el triste fin de su aventura imperial, nunca puede considerarse que le sea improductiva; de suerte que, para consolarse de los desengaños del mundo, alguna considerable cantidad de pesos mexicanos irá á acompañarle en su retiro de Miramar.

Conocidos tales antecedentes, son ya de bien fácil explica-

cion las ostentosas limosnas con que tratan los austriacos de caracterizarse de compasivos y humanitarios. Siendo uno de los principios de la verdadera caridad, que no aparezca como un acto vanidoso el auxilio dado al prójimo, contra esta regla pecan las limosnas de Maximiliano y Carlota, hechas tan en reserva, que solamente lo saben los redactores de los periódicos intervencionistas, quienes cometen la indiscrecion de revelarlo al público, sin anuencia por supuesto de SS. MM. II. A la manera con que se hacen esas donaciones, hay que agregar el fondo de que proceden. Cuando se saca del tesoro mexicano un millon y medio de pesos al año, bien se puede ser caritativo con unos cuantos miles, que no tienen realmente otro carácter que el de devolucion de parte de lo indebidamente percibido.

Con la pequeñez de lo que así se da, contrasta la liberalidad de una suma entregada á la casa de Escandon, para fomento del ferrocarril de Veracruz á México, si es cierta la anécdota que como auténtica corre en el público. A 800,000 pesos en títulos del nuevo empréstito se hace subir la exhibicion hecha á favor de una compañía, que si bien se ha encargado de una obra de indispensable utilidad pública, ni ha cumplido con los compromisos que contrajo, ni tiene derecho á percibir fondos públicos, hasta que axaminado y revisado su contrato, se fijaran las modificaciones bajo las cuales debiera seguir, ya que no hay posibilidad de observarlo en los términos del arreglo primitivo.

Del presupuesto de gastos no puede formarse idea alguna, por estar reservado todavía en los arcanos del porvenir, el pie bajo el que ha de establecerse la administracion pública del imperio mexicano. El único dato que tenemos hasta ahora para juzgar de lo que se hará en esta materia, deja conocer que habrá todo el derroche, toda la profusion, pro-



pios de un sistema en que se invierten los caudales públicos, sudor y sangre de los contribuyentes, sin la necesaria fiscalización de una asamblea nacional. Nos referimos á la creación, decretada ya, de legaciones en el extranjero, fastuosas é innecesarias. A mas de las establecidas con carácter permanente, hay otras, segun ántes indicamos, cuyo único objeto es el de ir á notificar al sultan de Constantinopla, al autócrata de las Rusias, y á otros potentados á quienes la cosa nada les importa, que México tiene la dicha de que sus destinos sean regidos por todo un descendiente de la ilustre casa de los Hapsburgos.

Sucesivamente hemos ido examinando la cuestion internacional, la religiosa, la social ó política, la militar, la hacendaria, y en cada una hemos encontrado el mismo vacío, la misma falta absoluta de miras fijas y de resoluciones acertadas. En todo se está caminando á la ventura, para ver lo que dan de sí ensayos sin base, que se ponen en práctica como único sistema de gobierno.

Para completar ahora el cuadro de la monarquía intervencionista, recorrerémos los acontecimientos mas notables ocurridos en el período que abraza esta revista.

Queriendo afectar un amor á la independencia mexicana, que no puede sentir el soberano de una monarquía sufragánea de la francesa, dirigió Maximiliano una carta á su querido ministro Velazquez de Leon, con el objeto de que se levantara un monumento á la independencia nacional, al que se destinarian los mármoles que unos cuantos aduladores pensaban dedicar á un arco para Carlota, en la calzada de la Piedad. El 16 de Setiembre próximo, glorioso aniversario del grito de Dolores, va el austriaco á poner la primera piedra del indicado monumento. La burla no puede ser mas sangrienta. Un extranjero, elevado por la voluntad de

un intruso monarca al trono levantado por unos traidores, dóciles á extrañas instigaciones, se presenta lleno de hipócrita veneracion á la memoria de los héroes que dieron á los mexicanos esa patria, esclava hoy de Napoleon y Maximiliano. Los verdaderos independientes, los que luchan y lucharán por la conservacion de la soberanía nacional, ven con el mas alto desprecio los irrisorios testimonios de un amor patrio, que no es mas que un engaño para los incautos.

El dia 6 del mes que acaba, fué el cumpleaños de Maximiliano. La adulacion de los improvisados monarquistas se afaná en renovar las escasas demostraciones de júbilo de las anteriores solemnidades oficiales, sin lograr otro resultado que poner de manifiesto nuevamente, como sucederá siempre que se repitan las mismas farsas, la indiferencia con que el pueblo ve á los soberanos que le ha impuesto la ley de la fuerza. Te-Deum, besamanos, banquete, discursos de estampilla, y cuanto mas es de uso y costumbre en ocasiones semejantes, fueron los actos con que la faccion intervencionista celebró el natalicio de su amo; pero no hubo entusiasmo popular, ni manifestacion alguna de las que indican un acontecimiento grato para la nacion.

Todas las ceremonias rituales se celebraron con solo la asistencia de Carlota, porque el devoto monarca, despues de confesar y comulgar, pasó el dia en oracion mental, encerrado con una mortaja, para pensar en la vanidad de las grandezas humanas. Prescindiendo de esa ostentacion de piedad, tan repugnante ciertamente como la de caridad de que ántes hablábamos, porque la verdadera virtud es modesta y huye siempre de las miradas de los profanos, la conducta observada por el presunto San Maximiliano, se presenta bajo un carácter desfavorable, cualquiera que sea el sentido en que se examine. Si se trata de una hipocresía refinada, detestable